

La razón

enfrentada al Misterio

Don Luigi Giussani, *El sentido Religioso, Cap. XI*

El «tú», signo supremo

Una visión del impacto continuo que produce en la conciencia del hombre la realidad, que bloquee la dinámica del signo, que detenga ese remitir a otra cosa que constituye el corazón de la experiencia humana, cometería un asesinato de lo humano, frenaría indebidamente el impulso del dinamismo vital.

Imaginemos, aunque sea un poco grotescamente, a un niño que a causa de un naufragio se encontrase en esa isla que aparece normalmente en las viñetas, entre árboles bananeros, etc...; supongamos que este niño pudiera crecer alimentándose con esos frutos salvajes, o con algas marinas; y, finalmente, supongamos que el niño de nuestro grotesco ejemplo llegue a los doce, trece, quince años, que sienta la exigencia de algo que no sabe imaginar y piense: «Habrà una piedra más grande que éstas, habrá un plátano más grande, una brizna de hierba más larga, un pez más imponente que los que veo nadar alrededor, una estrella más luminosa...». Lo que siente dentro de él —porque está en la pubertad, en la edad evolutiva— es la exigencia de algo que no conoce; imagina que pueda ser como lo que ve, aunque eso sí, distinto, «otro». Y no puede en absoluto pensar en una mujer, no consigue imaginársela. Si fuera verdaderamente «lógico» tendría que decir: «Tal vez, lo que yo quiero son todas estas cosas, pero más grandes, más imponentes, más, más... y, sin embargo, no, es otra cosa lo que quiero». Y entonces debería concluir: «Hay algo en el universo, en la realidad, que corresponde a esta necesidad, a esta exigencia mía, y no coincide con nada de lo que puedo captar, aunque yo no sepa lo que es». ¿Por qué sabe entonces que existe? Porque la existencia de esa cosa está implícita en el dinamismo de su persona, es algo a lo que le remite una realidad que lleva dentro de sí, pero que no coincide con nada de cuanto tiene a mano, y por eso no sabe imaginarlo.

Si al producir su impacto en el hombre el mundo funciona como un signo, tendremos que decir entonces que el mundo «demuestra» la existencia de otra cosa diferente, que demuestra a «Dios», como todo signo demuestra aquello de lo que es signo.

Una realidad experimentable cuyo significado adecuado, es decir, conforme a la exigencia humana, es algo distinto de ella misma, es *signo* de eso otro.

Es importante subrayar la analogía que tiene esto con la expresión normal de las relaciones humanas. Los hombres nunca perciben una experiencia de plenitud como la que se da en la compañía, en la amistad, particularmente entre hombre y mujer. La mujer para el hombre y viceversa, o el otro para cualquier persona, constituyen realmente *otro distinto*; todo lo demás es asimilable y dominable por el hombre, pero jamás el *tú*. El *tú* no puede consumirse, es evidente y no «demostrable», pues el hombre no puede rehacer todo el proceso que lo constituye; y, sin embargo, nunca percibirá y vivirá el hombre una experiencia de plenitud como puede hacerlo frente al *tú*. Algo distinto, por naturaleza propia diferente de mí, *otra cosa*, me llena y realiza más que cualquier experiencia de posesión, de dominio o de asimilación.

Descubrimiento de la razón

Tratemos ahora de iluminar brevemente el valor racional que tiene la dinámica del signo.

La razón exige comprender la existencia; es decir, la razón tiene la exigencia de una explicación adecuada, total, de la existencia. Esta explicación no la puede encontrar dentro del horizonte de su experiencia vital; por mucho que se dilate ese horizonte, que crezca en él la pasión de saber por qué permanece, la muerte establece irremediamente esa insuficiencia.

Entonces, si se quiere salvar la razón, es decir, si queremos ser coherentes con esta energía que nos define, si no queremos negarla, su mismo dinamismo nos obliga a afirmar que la respuesta total y concluyente está *más allá* del horizonte de nuestra vida.

La respuesta existe, porque está clamando a través de las preguntas que constituyen nuestro ser, pero no puede medirse con la experiencia. Existe, pero no se sabe qué es. Es como si la razón fuera un gran alpinista que escala la cumbre más alta del globo, y al llegar a la cumbre se diera cuenta de que aquello es sólo uno de los infinitos contrafuertes de una pared de la cual no ve el principio ni el fin. La cumbre que la razón puede conquistar es la percepción de que algo desconocido, inalcanzable, existe, y que hacia ello se dirigen todos los movimientos humanos, porque el propio hombre depende de ello. Es la idea de *misterio*.

En otro poema de Clemente Rebora, *El álamo*, se nos manifiesta ahora la evidencia y la intensidad del «dato» racional:

«Vibra en el viento con todas sus hojas
el álamo severo:
sufre el alma en todos sus dolores
en el ansia del pensamiento.
Del tronco en ramas por frondas se expresa
todas al cielo tensas con recogidas copas:
parado permanece el tronco del misterio,
Y el tronco se abisma donde hay más verdad».¹

El significado de la poesía confluye en la afirmación de Gabriel Marcel: «El misterio [...] es clarificador»².

El misterio no es un límite para la razón, sino que es el descubrimiento más grande al que puede llegar la razón: la existencia de algo inconmensurable con ella misma.

El razonamiento que hemos hecho antes se podría resumir así: la razón exige comprender lo existente; en la vida esto no es posible; por tanto la fidelidad a la razón obliga a admitir la existencia de algo incomprensible.

Esta afirmación constituye una señal de la pequeñez de nuestra existencia, pero al mismo tiempo es signo del destino inconmensurable, in-finito, que tiene nuestra existencia, nuestra razón, nuestro ser. Intuimos el misterio como una realidad que está implicada por el mismo mecanismo de nuestro yo; no es, pues, un bloqueo de la razón, sino un signo de su apertura sin fin. La razón humana vive en este nivel vertiginoso: la explicación existe, pero no es aferrable por el hombre; existe, pero no sabemos cómo es. En su *Germania* Tácito describe del siguiente modo la idea de

¹ C. Rebora, «El álamo», en L. Giussani, *Mis lecturas*, op. cit., p 61.

² Cf. G. Marcel, *Il mistero dell'essere*, Borla, Turín 1970, pp. 207-208.

divinidad que tenían aquellas tribus: «Secretum illud quod sola reverentia vident hoc Deum apellant»³, «aquella realidad escondida, inaferrable, que perciben sólo como algo de lo que depende su vida: a esta realidad la llaman Dios». Sin esta perspectiva lo que hacemos es negar la esencia que tiene la razón como exigencia de conocer la totalidad, y, en último término, como posibilidad misma de conocimiento verdadero.

Hay una página de Dostoyevski donde se describe cómo un joven de la aristocracia de Petrogrado abandona a su familia para hacerse capitán de barco. Está muchos años lejos de casa dando vueltas por el mundo. Finalmente vuelve y, cuando entra de nuevo en los salones de los nobles, oye que toda la gente se ríe de la religión, haciendo planteamientos cínicos y nihilistas. Eran las primeras escaramuzas del influjo de la Aufklärung alemana, lo que abriría el camino para los movimientos políticos que más adelante iban a destruir físicamente a los hijos y nietos de aquellos aristócratas. Entonces el joven estaba allí, molesto y silencioso, con su taza de té entre las manos y oyendo hablar a la gente de ese modo. En un momento dado, uno de los presentes le dice más o menos: «¡Ánimo! Intervén también tú en esta docta disputa, da tu parecer sobre estas nuevas ideas». Y él, meditabundo y al mismo tiempo espontáneo, responde: «Pero, si Dios no existe, ¿seré yo todavía capitán?»⁴. Si no es posible que haya un último sentido, una explicación última, si no es posible salir de la medida del momento para unirse al todo (porque el problema es precisamente «salir» del instante y reanudar nuestro vínculo con el todo), entonces no puedo ya establecer ningún nexo, estoy encerrado en cada momento, y el ayer, el año anterior, diez años antes, la larga carrera para llegar a ser capitán, adquieren una imagen imposible, un sentido impronunciado. Nada tiene ya significado, porque el significado es un vínculo que tú estableces al salir de ti mismo, saliendo del instante, poniéndote en relación. Y si tú sales de tu instante, entonces la relación fluye como un torrente hasta el final. «Si Dios no existe, ¿seré yo todavía capitán?». Es el concepto de signo en *forma* existencial, dramática.

Todo lo humano tiende a decaer inmediatamente en una mezquindad, de la que el cinismo de la cultura materialista de hoy, por lo que respecta al hombre, es un ejemplo impresionante. La convivencia basada en el cinismo conduce a una abolición total de la certeza —y, por tanto, de la verdad, de la justicia, de la alegría y del amor— y a la reducción biológica de todo.

Las objeciones reales que se podrían poner a todo esto son dos:

- 1) no es verdad que la razón sea exigencia de explicación total, y
- 2) no es verdad que la vida no dé una respuesta concluyente.

Que cada cual juzgue la verdad que contienen tales objeciones.

No será inútil, por último, volver a subrayar que la solución a la gran pregunta sobre la vida que constituye la razón no es una hipótesis abstracta, requiere una implicación existencial, porque la exigencia que tenemos es una experiencia que vivimos.

³ Tácito, *Germania*, IX, 2.

⁴ Cf. F. Dostoyevski, *Los demonios*, op. cit, p. 1220.